

Prólogo a la segunda edición



En otoño de 1999 Milenio editó *George Harrison: El hombre invisible*. En el momento de su aparición, este libro constituyó la primera biografía en español sobre el benjamín de Los Beatles. Gracias al concienzudo trabajo de documentación, al meritorio manejo de las fuentes y al rigor descriptivo, y al magnífico estilo literario utilizado, aquel volumen se convirtió en referencial dentro de la bibliografía especializada sobre el cuarteto de Liverpool en muy poco tiempo. Pese a que crítica y público así lo consideraron de forma cuasi unánime, el libro, sin embargo, quedó en parte obsoleto mucho antes de lo previsto por los autores y por el sello que lo editó, o por mí mismo, que había dirigido el proyecto en mi condición de responsable de la colección que lo acogía. El caso es que aquella precoz caducidad no ocurrió tanto por los vaivenes de la carrera de cualquier artista en activo, y que cada día pueden generar alguna novedad, sino por ciertas circunstancias personales vividas por George Harrison que, por desgracia, acabarían culminando con una prematura desaparición apenas dos años más tarde. Hablamos de la detección de un cáncer y del atentado perpetrado por un enfermo mental sobre el ex Beatle, que le dejó graves secuelas. Pero, por supuesto, lo más trascendente de todo: su fallecimiento el día 29 de noviembre de 2001. Si me lo permiten, les diré que aquella fecha me resulta en lo personal un tanto agrídulce puesto que al recordarla me embarga una mezcolanza de sentimientos en la que conviven a la par alegría y tristeza. Verán por qué. Unos pocos días antes de esa fecha había viajado a Ucrania junto a María Cinta, mi mujer, para concretar la adopción de nuestro hijo Daniel. Aquel mismo día 29 por la mañana concluimos emocionados el proceso administrativo de aquella adopción mediante la recogida efectiva del niño en su orfanato de Belgoronepropsc. Por la noche recibimos una llamada inesperada de España. Desde Lleida, y al otro lado del hilo telefónico, Andrea, nuestra otra hija, entonces con siete años y sabedora de mi pasión por

la música en general y por Los Beatles en particular, me dijo con voz compungida tras demandarnos novedades sobre su nuevo hermanito: “Papá, tengo que darte una noticia que va a ponerte triste. George Harrison se ha muerto, lo acaban de decir en la televisión”. Obviamente, era conocedor del estado de salud cada vez más precario de George como consecuencia de su enfermedad. Aunque, como suele ocurrir en casos similares, hasta que no se acaba de producir el desenlace final, uno no se pone en situación ni toma conciencia de su auténtica trascendencia. Poco más de veinte años después de la horrenda desaparición de John Lennon, todos los seguidores de Los Beatles volvíamos a entrar en *shock*, golpeados de nuevo por la caída de otro de nuestros héroes musicales más apreciados. Mentalmente, todos volvíamos a marcar en nuestras vidas un antes y un después.

Durante nuestro viaje de regreso a España y pese –repito– al enorme gozo por la ampliación de nuestra familia tras un arduo y a menudo desesperante proceso administrativo de adopción, no logré quitarme de la cabeza a George Harrison, su música y toda la información sobre su vida que durante años había estado procesando y alojando en mi cabeza y que el estupendo libro de Javier Tarazona y Ricardo Gil había ayudado a ordenar pocos años antes. En esos momentos, y a miles de metros de altura, quién sabe si por enfermiza deformación profesional de editor o por insaciable avidez de fan beatlemano, comencé a marear en mi cabeza la posibilidad –necesidad, más bien– de plantearnos lo antes posible, y cuando las circunstancias fuesen las propicias, una revisión y actualización de aquel *El hombre invisible*, que sin nadie quererlo, pocos días antes había adquirido tintes de obra inacabada.

Los días, las semanas o los meses, inmediatamente posteriores al traspaso de George fueron tan mediáticamente intensos como la altura humana y artística del personaje en cuestión merecían. Tras las exequias formales, los pésames y las condolencias, llegaron inmediatamente muchas valoraciones sobre el auténtico peso humano y artístico del músico fallecido. Y también el anuncio del homenaje que su familia, amigos más próximos y compañeros de profesión querían rendirle y que tuvo lugar un año después en el Royal Albert Hall, en Londres, mediante un emocionante concierto de despedida. Desde entonces, y como ya ocurriera con John Lennon, la circunstancia de la muerte de George Harrison no ha impedido que hayan seguido generándose noticias relacionadas con el guitarra solista de Los Beatles.

Llegado pues el momento de replantearnos esta nueva edición de nuestra biografía sobre George Harrison, cabía ver si un capítulo adicional que explicase sus últimos años de vida sería suficiente. Tanto los autores como yo mismo consideramos que si nos limitábamos a esa fórmula de pura actualización, sin aprovechar la ocasión de introducir correcciones sobre el texto primigenio y añadir nuevos datos conocidos con posterioridad a la fecha del lanzamiento del libro, estaríamos echando a perder una buena oportunidad; no sólo de actualizar contenidos, sino también de hacer más grande y valiosa la magnífica aportación que ya supuso en su día esta primera biografía de Harrison en castellano.

Dicho y hecho. Tarazona y Gil se pusieron manos a la obra hace aproximadamente cinco años con la intención de poder recordar el décimo aniversario de la muerte de George Harrison con esta revisión en profundidad de su libro. Tanto ha cundido su trabajo que en Milenio hemos considerado que la obra que nos han entregado es algo prácticamente nuevo en cuanto a forma y contenidos, y no un simple añadido complementario a lo que nos ofrecieron en 1999. Así, la primera novedad que el lector encuentra es el cambio de título de esta nueva entrega bibliográfica, *George Harrison: De Beatle a Jardinero*, tratando de ilustrar de la forma más poética posible la evolución de un personaje notable que en sus últimos años llevó una vida recogida y alejada de los medios. Debe destacarse que, como gran parte del contenido, el inicio de la obra ha sido reescrito y aporta una nueva e interesante visión de la ciudad de Liverpool como contexto histórico inexcusable para entender mejor el ambiente social y musical que propiciaron el nacimiento y la evolución artística de Los Beatles. Entre las novedades que aporta el texto y al margen —como ya se ha apuntado— de una concienzuda revisión y corrección, el nuevo libro se complementa con multitud de datos poco conocidos por el público. Como su relación con el maestro de sitar Ravi Shankar, que consideraba a George como un hijo, o interesante información acerca del trío amoroso George Harrison-Pattie Bloyd-Eric Clapton, del cual se despejan muchas dudas alimentadas durante años. Otros aspectos como la relación del Beatle con la industria del cine, su afición al automovilismo, o su faceta como padre son tratados también con amplitud a partir de nuevos datos conocidos en los últimos años. Finalmente, declaraciones de amigos de su círculo más íntimo o de cercanos compañeros de profesión han permitido conocer al detalle los últimos momentos vividos por Harrison y todo lo acontecido con posterioridad al deceso y que el texto reconstruye admirablemente.

Tanto el aparato gráfico que acompaña el texto como los apéndices temáticos han sido renovados en su totalidad. Se desgrana en especial toda su aportación artística desde el periodo Beatle hasta el momento de su retirada forzosa, incluyendo todo su material acuñado en solitario, o en formaciones como los Traveling Wilburys, y analizando de forma pormenorizada las colaboraciones en discos de otros artistas. En fin, un libro casi nuevo que aporta nueva luz a la vida y a la obra del más místico e introvertido de los cuatro melencólicos. Os lo recomiendo encarecidamente como editor pero, principalmente, como fan confeso y convicto de Los Beatles y de su música maravillosa e irreplicable.

JAVIER DE CASTRO

Director de la Serie Música de Editorial Milenio

Que siga gimiendo la guitarra



Tímido, callado... “invisible”, como le llamó John Lennon en *Rolling Stone*. Pero George Harrison era algo más que eso: era un “sufridor” nato. ¡Qué mayor prueba de ello que su mejor amigo le levantara la esposa y él se tragase el anzuelo sin decir ni pío pero con la procesión por dentro! ¿Y en Los Beatles? Pues todo un campeón de la resistencia anímica. Ahí es nada, verse en el mejor grupo del mundo y no poder levantar el brazo ni para ir al servicio. Siempre los egos de Paul y John taponándole iniciativas y, lamentablemente, canciones. Desde que metió “Don’t Bother Me” en el segundo álbum del grupo, *With The Beatles*, Harrison dio señales de sus excelentes condiciones para componer, amén de su pericia para tocar la guitarra. Luego, después de aportar gloriosos títulos como “I Need You” o “Taxman”, cuando entregó canciones como “Something”, “Here Comes The Sun” o ese prodigio de la sensibilidad que todavía sigue siendo “While My Guitar Gently Weeps” sentenció definitivamente sus capacidades para la creación. Pero ni caso. “John y Paul eran demasiado protagonistas y absorbentes”, se lamentaba en el ochenta y siete en una entrevista que concedió a *El País Semanal*. En el momento oportuno, sin embargo, no hubo la más mínima queja. Y eso que se le veía sufrir como un búfalo herido. “Compongo canciones buenísimas y estos cabrones me taponan como una botella de cava”, debía pensar para sus adentros. Pero eso, sólo para sus adentros porque lo que es públicamente nunca dio la menor queja aun cuando en su rostro llevara las rojeces propias de una caldera a punto de explotar.

Y explotó, claro.

Cuando Los Beatles se disolvieron enseñó sus cartas —las mismas que tan apenas le dejaron barajar sus codiciosos colegas— publicando ni más ni menos que un triple álbum en el que se vació por completo, el primer triple, por cierto, de la historia del pop. Y un grandioso disco con canciones buenísimas como “Wah-Wah” o “What Is Life” y ante todo esa gema insuperable que es “My Sweet Lord”,

probablemente, pese al penalizado pero inconsciente plagio, una de las cinco mejores canciones que se hayan escrito en la historia del pop.

Aquel triple álbum —*All Things Must Pass*— fue el desahogo brutal de Harrison, su revancha particular. Y, por supuesto, la bandera ondeante de su valía como compositor; además de excelente guitarrista y potente imán personal para atraerse la confianza de músicos tan excepcionales como los que le acompañaron en el álbum, empezando por Eric Clapton y terminando por el propio Ringo.

El desahogo fue, sin embargo, tan tremendo que le dejó extenuado. Uno tras otro los álbumes que fue editando el ex Beatle, salvo los destellos salvables que cada cual quiera, fueron cayendo en la mediocridad, con pulsiones tan impropias de un genio como las contenidas en *Gone Troppo*.

Esta mediocridad unida a los nuevos tiempos del punk y la nueva ola, amén de su cada vez mayor pereza para grabar discos —¿o era la constatación personal de que la inspiración se había agotado?— acabaron devorándole como “artista de carrera” regular, arrinconándolo en la esquina de los genios olvidados y pasto sólo para fetichistas y fans recalcitrantes. ¿Por qué mi discoteca de viejos vinilos se muestra tan flamante en el apartado Harrison? Están níquel, sin la más mínima mota de polvo y menos aún de rayaduras. Señal implacable de que el personaje dejó de interesarme hace mucho tiempo.

El gran mérito, sin embargo, de Ricardo Gil y Javier Tarazona, ambos expertos beatlenólogos, es haber escrito un libro con apasionamiento pero sin perder el pulso para derretirse en esas habituales y casi obligadas loas que pueblan los libros escritos por fans. Eso y el haber sacado adelante este manojo de páginas sobre un personaje que desde finales de los ochenta no ha publicado un solo disco en estudio, que es como se cimenta la solidez de un artista, es decir haber podido ensartar todo este puñado de folios sobre un personaje “sin carrera”, sin nada que reseñar desde hace un montón de años pese a su conocida afición a meterse en todo tipo de caldos musicales (sabroso, eso sí, el de los Traveling Wilburys).

Lo tenía, por tanto, completamente olvidado. Lo confieso sin rubor: no me interesaba George Harrison. Y más aún, no creo que vuelva a interesarme. La reescucha de su discografía ha vuelto a reafirmarme en mis creencias: Harrison se acabó tras *All Things Must Pass*. Todos los discos posteriores, salvo los destellos indudables que hay en algunos de ellos, son insignificancias al lado de ese memorable triple álbum, por no tachar casi de patético ese último doble CD grabado en Japón donde se aprecia a un Harrison en su más penoso declive como cantante.

¿Hay por eso que ponerle ya el epitafio definitivo? De ninguna manera, pese a todo. Tener vivo y, aunque no lo parezca, activo —como minuciosamente dan detalles Tarazona y Gil— a uno de los integrantes del cuarteto más grande de la historia del pop es un enorme privilegio. Eso, y un pasado que tanto dentro de Los Beatles como fuera sigue pesando en el mundo pop, resultando imposible demolerlo por

su resistencia artística. ¿Cuántas canciones de hoy podrían superar la prueba del algodón harrisoniana? ¿Cuántas tienen la categoría de aquel “While My Guitar Gently Weeps” o aquel “My Sweet Lord” que aún cosquillean los oídos de placer? Humm, me temo que contadas. Pero hay algo más para encontrar el enfoque correcto de Harrison-músico: su papel de pionero en diversos campos. Con su álbum para la banda sonora de la película *Wonderwall* y luego con su atrevidísimo *Electronic Sound*, anticipó el “ruidismo” de los ochenta representado por The Residents y hasta el noisy pop de los noventa. Con su obsesión por las guitarras, impuso un estilo propio cual es el de la *slide* guitar. Y no se olvide: Harrison fue el culpable mayor de la devoción del pop por el misticismo, los instrumentos orientales y hasta de la música étnica. Un indiscutible adelantado a Peter Gabriel.

Siquiera fuera por los tiempos pasados, por su papel de pionero en los terrenos mencionados y, sobre todo, por las memorables canciones que escribió dentro de Los Beatles y fuera, tiene sentido este libro, merece la pena saborearlo página a página. Y todavía más porque Tarazona y Gil, desvestidos de su traje de fans, han realizado un meritorio (y puntilloso) trabajo de investigación que luego han sabido volcar y sistematizar con amenidad en este libro, por otra parte necesario pues increíblemente Harrison estaba huérfano de literatura en España. Siquiera sea por todo esto y por aquellas maravillosas canciones que nos dio..., que esa guitarra siga “gimiendo gentilmente” por muchos años.

MATÍAS URIBE, Agosto 1999

1



Liverpool

Los habitantes de Liverpool suelen recibir el nombre de “Scousers”. Muchos lo prefieren a “Liverpudlians”, gentilicio considerado demasiado formal. “Scouser” encierra una historia que nos habla de la multiculturalidad y sencillez del pueblo de Liverpool. Proviene del término náutico “lobscouse”, usado para referirse a una comida de marineros noruegos consistente en un cocido de verduras al que se echaba cualquier tipo de carne o pescado que hubiera a bordo, todo acompañado por una especie de galletas. Las sobras de esta miscelánea alimenticia se iban guardando en una cacerola que se mantenía sobre la estufa y a la que se iban añadiendo restos y más restos.

De modo que nos encontramos con que la palabra que designa a la gente de Liverpool tiene orígenes noruegos. A esta influencia habría que añadir la de los barcos escandinavos, que traían bacalao y aceite de ballena e introdujeron en la ciudad los cantos vikingos que influyeron sobre la música celta. Esta mezcla cultural se vio enriquecida por la gran afluencia de irlandeses a Liverpool, especialmente a partir de la década de 1840, cuando una gran hambruna debida a la enfermedad del mildiú de la patata, pilar de la dieta irlandesa, diezmoó la población de la isla. Los casi un millón de muertos causados por la epidemia, que prácticamente acabó con los cultivos de este tubérculo, junto con la emigración, redujeron la población hasta un cincuenta por ciento. Además, el éxodo hizo que se crease entre los emigrantes un fuerte sentimiento nacionalista que se tradujo en un especial amor hacia la cultura de sus ancestros. A comienzos del siglo xx había en Liverpool más irlandeses que en cualquier otra ciudad inglesa. Y con ellos trajeron su propia música: violines, flautas, percusiones y armonías vocales, que se escuchaban en todas las tabernas. El puerto de Liverpool era igualmente el punto de conexión entre Europa y Estados Unidos y, así, la ciudad acabó convirtiéndose en una gran ensaladera cultural en la que prácticamente todo era aceptado.

Más ingredientes se añadieron durante la Segunda Guerra Mundial. Los convoyes procedentes del Atlántico, que traían desde los Estados Unidos tropas y suministros desesperadamente ansiados, buscaban la seguridad en este puerto, el más cercano de la costa noroeste de Inglaterra. La elevada suma de barcos y vidas perdidas a manos de las manadas de submarinos alemanes hacía de las torres del Liver Building la visión más dulce que un marino podía tener. Pero no eran únicamente los barcos los que buscaban tierra: la aviación aterrizaba en la base aérea de la RAF de Burtonwood, a unas pocas millas al noroeste de Liverpool. Este emplazamiento militar creció mucho durante los primeros meses de la guerra, llegando a acoger a unos dieciocho mil miembros del personal militar norteamericano y constituyéndose en la más grande de las fuerzas estadounidenses durante la contienda. Era conocida como la “Pequeña América”. Fue allí donde el general Dwight D. Eisenhower trazó sus planes para la invasión del Día-D. Paralelamente al flujo de personal y material bélico, no hay que olvidar el aspecto cultural. Las tropas norteamericanas, compuestas por soldados blancos y negros, que por supuesto habían traído su propia música, se mezclaron durante los permisos con la población civil de la zona del Mersey. En la base se celebraban conciertos a los que acudían los lugareños de las riberas del río y, de esta forma, se produjo la definitiva invasión cultural. La música country and western se mezcló con las canciones de mineros y marineros, con el folclore irlandés y con el jazz y el blues. El rock aún estaba por llegar, pero la banda sonora de la ciudad de Liverpool estaba empezando a componerse.

La Segunda Guerra Mundial fue, obviamente, un período sumamente doloroso. Durante los años del conflicto, la ciudad del Mersey fue víctima de setenta y nueve bombardeos y, oficialmente, un total de 2.596 personas perdieron la vida. En uno de esos tristes días nació George Harrison, hijo de Harold Hargreaves Harrison (1909-1978) y de Louise French (1911-1970), quienes se habían casado el 20 de mayo de 1930 en una ceremonia civil celebrada en la oficina del Registro de Brownlow Hill. El apellido Harrison proviene de la fusión de las palabras “son of Harry” (hijo de Harry) en una sola, fórmula presente en toda Gran Bretaña a partir de siglo XII. El apellido French aparece con frecuencia en Irlanda, lo que puede hacer suponer que Louise sea descendiente de emigrantes irlandeses. Por otra parte, este apellido, que en español significa “Francés”, podría también hacer mención al origen geográfico de la familia.

A pesar de ser tiempos difíciles, el matrimonio tuvo cuatro hijos: una niña y tres niños. La primera en nacer fue Louise, en 1931. George Harrison afirmaba no recordar mucho de ella durante aquellos años, tal vez por el hecho de que Louise abandonara el hogar familiar a la edad de diecisiete años para estudiar Magisterio: “Ya no volvió”. La condición obrera de la familia fue un factor condicionante, algo en lo que George Harrison insistió en repetidas ocasiones: “Vengo de la clase trabajadora, y supongo que eso siempre formará parte de mí”. Su padre, que había empezado en 1926 a trabajar como camarero en un barco de la Marina Mercante, no volvería a

tierra definitivamente hasta 1936 y, mientras tanto, enviaba cada semana su sueldo a casa. Concebido durante uno de los permisos, en 1934 nació el segundo hijo, Harry. Con el cabeza de familia ya instalado en Liverpool, los ingresos domésticos dependieron durante quince meses de esporádicos trabajos y del subsidio de desempleo. La casa en la que vivía la familia estaba situada en el número 12 de Arnold Grove, una calle sin salida en Wavertree, barrio de las afueras de Liverpool junto al cuartel de bomberos de High Street. Pagaban por ella un alquiler de cincuenta peniques semanales. No tenía jardín y pertenecía a lo que en Inglaterra se conocía como *two up-two down terraced house*, es decir, dos habitaciones arriba y dos abajo en una hilera de viviendas idénticas entre sí. George Harrison recuerda que “la puerta principal daba directamente a la calle. En la parte de atrás había un pequeño patio todo pavimentado salvo un pequeño trozo de un pie cuadrado en el que crecía un macizo de flores. Había un lavabo en la parte de atrás y un cubo de la basura apoyado contra la pared. Durante un tiempo tuvimos un pequeño gallinero donde criábamos gallos jóvenes. Teníamos una bañera de zinc, muy grande, que guardábamos colgada de la pared de fuera. Para bañarnos la metíamos dentro y la poníamos delante del fuego de la cocina para que se calentara mientras la llenábamos con agua que habíamos hervido en cacerolas y teteras. La habitación delantera, que tenía un buen suelo enmoquetado muy fino, con sillones y sofá, no se usaba nunca. Era muy fría. Así que nos acurrucábamos juntos en la cocina, donde estaba el fuego, con la tetera en marcha en una pequeña cocina de hierro... Mi primer recuerdo es estar sentado en un orinal, al final de la escalera, gritando: ‘¡Ya está!’”. Los padres de George solían celebrar fiestas en el piso de abajo durante las que se cantaban canciones. Tal vez en esas fiestas el cabeza de familia interpretara música con la guitarra, instrumento que sabía tocar. También se escuchaba mucho la radio o se ponían discos de gente como Bing Crosby o canciones clásicas del mundo del music hall. Muy cerca del 12 de Albert Grove vivía la abuela materna de George, y a veces éste se escapaba de su casa por la puerta trasera para estar con ella.

En 1937 Harold encontró trabajo en la compañía de autobuses. Entró como cobrador y rápidamente fue ascendido a conductor. Se convirtió, además, en un importante activista sindical en su cochera. En 1940, año de intensos bombardeos nazis, nació Peter, que hacía el número tres en la lista de hijos del matrimonio. Seguían sin ser tiempos fáciles. Transcurría el verano de 1942 cuando Louise sorprendió a la familia anunciando que esperaba un nuevo hijo. Durante el periodo de embarazo le gustaba mucho un programa de radio semanal que se llamaba *Radio India*. Lo escuchaba asiduamente cada domingo pensando que eso llevaría paz y tranquilidad a su todavía no nacido bebé.

El nacimiento de George, su último hijo, tuvo lugar, si se sigue el Certificado de Nacimiento, el 25 de febrero de 1943 a las 00:10 horas. Sin embargo, en una entrevista que la revista *Billboard* realizó a George Harrison, éste declaró que su fecha de nacimiento fue el 24 de febrero de 1943 a las 23:42 horas. El nombre le fue

puesto en honor del monarca George VI. Al ser su madre católica, George, igual que sus hermanos, fue bautizado bajo este credo. Como la ceremonia fue oficiada en latín, el celebrante le bautizó como Georgius Harrison. Ocurrió en la iglesia católica Our Lady Of Good Help, en Chesnut Grove. Para George, la asistencia a misa y demás ritos católicos no pasaron nunca de ser meros juegos sociales. La estrecha vigilancia del catolicismo hacia sus fieles le pareció siempre algo engañoso. Esta actitud de oposición a todo aquello que tuviera que ver con el control de las mentes ya se hizo evidente en sus años de escolar. George, a este respecto, recordaría que, de muy pequeño, se hizo miembro de Los Cubs, una especie de Boy Scouts para niños de entre ocho y diez años. Los Cubs tenían su sede en una iglesia católica, San Antonio de Padua: “Mi madre iba a misa muy de vez en cuando, para las grandes ocasiones, como Semana Santa, Navidad y esas cosas. Cuando era un crío, me solía llevar con ella. Hice la Primera Comunión a los once años. Pero a partir de que nos mudáramos a Speke pasé de todo eso”. Añade, a propósito de una iglesia que construyeron en otra de las zonas en las que vivió de pequeño: “Tenía todas las estaciones del Vía Crucis por las paredes. ‘¿Qué leches es eso?’ Bien... Podía ver que Jesucristo iba arrastrando su cruz por la calle, y todo el mundo le escupía. No acababa de comprender qué quería decir todo eso”. En estas tempranas fechas de su existencia ya comenzó a ver la realidad con distintos ojos: “Aunque sólo tenía once años, podía sentir toda la hipocresía que existía a mi alrededor. Me daba la impresión de que eso mismo sucedía en cualquier vecindario de cualquier ciudad inglesa. En una esquina había una iglesia y en la otra un pub. Iban al pub a ponerse ciegos y luego a la iglesia, a rezar tres avemarías y un padrenuestro, para acto seguido echar cinco libras en el cepillo. Todo eso me resultaba raro. La verdad es que las vidrieras o las pinturas de Cristo en las ventanas me gustaban mucho, y el olor del incienso y las velas. Pero no me gustaba toda la mierda que rodeaba el asunto. Se supone que debía confirmarme después de la Comunión. Pero pensé: ‘¿Para qué molestarme? Ya me confirmaré por mi cuenta cuando sea mayor’”.

Tras dieciocho años de estar en una lista de espera, por fin adjudicaron a los Harrison una casa a estrenar. Empaquetaron sus escasas pertenencias y dejaron el 12 de Arnold Grove el día 2 de enero de 1950. El nuevo hogar era una *council house*, vivienda social de alquiler propiedad del ayuntamiento. Toda una suerte si se tiene en cuenta que Inglaterra estaba pasando por una crítica posguerra y todavía había un gran número de familias viviendo en barracones del ejército. La nueva residencia se ubicaba en el número 25 de Upton Green, en Speke. Modestos sueños como una nevera, teléfono, cuarto de baño, una habitación extra o una lavadora pudieron materializarse. A pesar de todo, la familia parecía no estar a gusto. George y su hermano Peter no pudieron inscribirse en la Escuela de Primaria del barrio, Alderwood, por lo que tuvieron que seguir acudiendo a la Dovedale, que se encontraba a una hora en autobús. Entre los compañeros de clase de Peter se encontraba John Lennon. George, rebelde desde pequeño, se negó a que su madre

fuese con él a la entrada y a la salida de las clases: “No quiero que seas como esas cotillas que se quedan en la puerta a parlotear”. Como alumno, progresaba y era bueno en la mayoría de las asignaturas. Destacaba a base de memoria y tenacidad, así como por una especial capacidad para entender a la gente y sus circunstancias. También sobresalía por su talento para las matemáticas y para la creación, algo de lo que, para evitar complicaciones, no solía hacer mucha gala ante los profesores. En estas fechas comenzó a desarrollarse en él cierto sentido del espectáculo; le gustaba cantar en clase y montar teatros de guiñol en casa cada vez que venían invitados. En ese hogar estuvieron hasta el 1 de octubre de 1962, fecha en que se produjo la mudanza a Mackets Lane, en Hunter Cross, elegante barrio de Liverpool. George siempre vio este trasiego de hogares como parte de la vida, “que se hace a base de ir pasando pruebas, de ir creciendo, de hacer que las cosas pasen. Siempre pensé que el hecho de ser de Liverpool no me iba a impedir vivir en una mansión”.

Pero las cosas iban a cambiar a partir de septiembre de 1954. “Dejar la Escuela Primaria y pasar al instituto fue horrible”, recuerda George. Fue el comienzo de lo que él mismo llama “Los Años Oscuros”. El viejo edificio, construido en 1837, y al que los lugareños llamaban afectivamente *innie*, algo así como “insti” en castellano, era para muchos padres el sitio perfecto al que enviar a sus hijos. George no lo veía así. Desde su ingreso en el centro, la ciudad se transformó en un lugar “en el que llovía y había nubes, y las calles eran viejas, y los profesores eran unos carcas. Ir al instituto era una lata”. El odio hacia la institución era tan grande que estuvo a punto de dejar la afición que ya sentía por la música. Sin embargo, la esperanza de encontrar algo diferente no decaía: “Yo sabía que había algo ahí fuera. Me sentía un tipo con suerte porque podía sentir que había una alternativa”. Parte de esa reflexiva búsqueda tenía lugar en la llanura de Cheshire, lugar al que George solía escaparse en bicicleta o a pie y, una vez allí, deambular por los bosques, las granjas o los páramos.

El academicismo propio de las edades escolares no le interesaba y no tardó mucho en intimar con gente que pensaba como él. Había un chico con el que todo el mundo se metía porque, parece ser, olía muy mal. Los profesores castigaban a los alumnos a sentarse junto a él. Pero George, voluntariamente, se sentaba en su pupitre y acabaron haciéndose amigos. Junto a Tony Workman y Arthur Kelly formaron una pandilla que era temida por todos los profesores. George se limitaba a entrar en clase, sentarse en la esquina del fondo y permanecer callado con actitud de desinterés. De vez en cuando se levantaba a tirar el chicle que el profesor le prohibía mascar. Con frecuencia falsificaba la firma de sus padres en los informes que la dirección del centro remitía a su casa. Su punto de mira se dirigía hacia otros objetivos. En tales condiciones, no es de extrañar que los resultados académicos de George fueran poco dignos de ser celebrados. Su lista de suspensos era larga. Él se encargaba de dejar bien claro a todo el mundo que no se encontraba a gusto en la vetusta institución. Sus armas de lucha eran sus pantalones de pitillo, muy ajustados,

y su pelo largo al estilo de Elvis Presley y Tony Curtis. No ha de sorprendernos, por tanto, que un informe elaborado por la institución en 1959 para la Oficina de Empleo Juvenil dijera que George tenía “escasa habilidad académica” y que la asignatura de Arte era la única en la que se esforzaba.

En 1955 algo nuevo consiguió captar su interés: el Gran Premio de Aintree, una competición automovilística que se celebraba en el barrio de Liverpool del mismo nombre. Aunque la distancia hasta ese lugar era muy grande, a George no le importó tener que estar el doble de tiempo en el autobús y luego tomar un tren. Tampoco le importó ver las carreras desde un terraplén junto a la estación del ferrocarril. Tenía dos ídolos, el piloto argentino Juan Manuel Fangio y su compañero de escudería Stirling Moss, cuyo Lotus 18 George llegaría a pilotar años más tarde. De aquí arrancó su pasión por la velocidad, ya fuera a bordo de coches o de motos. En entrevistas posteriores, George rememoraría haber corrido en carreras de motos cuando era un chaval. Su motociclista favorito era Geoff Duke. El cine Jacey, en la plaza Clayton, se convirtió en otro lugar de escape. El Liverpool Empire, frecuentado por toda la familia Harrison, era también un lugar en el que el entretenimiento, principalmente basado en espectáculos de variedades, estaba asegurado. Ésa fue realmente su verdadera y primera toma de contacto con el mundo del espectáculo y de la música.

Estos años de posguerra fueron tristes especialmente para la población adolescente. Con todo, la radio y la música estaban presentes en la vida de George aportando un toque de luz. “Escuchábamos cualquier cosa que echaran en la radio, desde tenores italianos, como Josef Locke, hasta música de grandes bandas de salón, pasando por Bing Crosby. Mi madre siempre estaba girando el dial hasta encontrar algo que se pudiera oír. A veces eran emisoras que transmitían en árabe, y las escuchábamos hasta que se perdía la señal. Recuerdo que poníamos los discos que mis padres tenían, la vieja música de music hall inglés”. De esta época brotan influencias como “esa canción, ‘Shenanaggy Da’, cuyo disco tenía el agujero descentrado y sonaba muy extraño. O esa otra llamada ‘Fire, Fire, Fire, Fire, Fire’, con muchas estrofas y cantidad de efectos de sonido de bombas de agua, de espectadores conteniendo la respiración, de gente atrapada en un edificio. Era un disco de dos caras, y cuando terminaba la primera cara, te decía: ‘¡Eh! Dadme la vuelta, chicos, y os contaré más cosas’, y volvía al estribillo y veinte estrofas más. No comprendo a la gente que dice ‘sólo me gusta el rock’, o ‘sólo me gusta el blues’, o lo que sea. Incluso Eric Clapton dice que le influyó ‘The Runaway Train Went Over The Hill’. Tal y como digo en el libro *I Me Mine*, mi más temprano recuerdo musical es ‘One Meat Ball’, de Hoagy Carmichael, y canciones por el estilo. Me atrevo a decir que incluso la música basura que odiábamos, aquellos discos horteras de los Estados Unidos de finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, como ‘The Railroad Runs Through The Middle Of The House’ o la británica ‘I’m A Pink Toothbrush, You’re A Blue Toothbrush’, ejercieron cierta influencia sobre nosotros. Todo eso está en

mí en cierta manera y puede manifestarse en cualquier momento”. De su época de marino, el padre de George había traído de los Estados Unidos un gramófono. Y con él discos de Jimmie Rodgers o Hank Williams, cuya canción “Waiting For A Train”, diría George, “me llevó a la guitarra”. De aquellos primeros años son los recuerdos de Big Bill Broonzy y Slim Whitman, quien fue “la primera persona a la que vi tocando la guitarra. No me acuerdo si fue en una revista o en un programa de televisión. Era obvio que las guitarras se estaban metiendo en mi vida”.

Eran días en los que los jóvenes no tenían todavía ídolos propios. Se buscaban nuevas indumentarias y formas de vida alternativas, lo que llevó a cambios en la manera de relacionarse con la pareja, en el pensamiento o en las maneras de bailar. Hasta ahora la juventud había sido un grupo más bien pasivo, carente de una cultura propia y sin unos modelos específicos en los que reflejarse. Los modelos eran aportados principalmente por el mundo del cine. La película *Salvaje (The Wild One)*, dirigida por Laslo Benedek y protagonizada por un Marlon Brando embutido en cuero, constituyó un punto cardinal en este proceso. Su estreno en 1954 supuso la puesta en escena, y consiguiente amplia difusión, de un mundo de violencia: una pandilla de motoristas sembraba el pánico por donde pasaba. Al año siguiente se estrenó *Semilla de maldad (Blackboard Jungle)*, de Richard Brooks. Un insípido guión, incluyendo una bandera de Estados Unidos usada como arma, narra los intentos de emancipación de un grupo conflictivo de jóvenes. Pero lo que atrajo a masas de adolescentes a ver este largometraje fue su música: en ella se incluía la canción “Rock Around The Clock”, interpretada por Bill Haley. En otras palabras: ya había música para tratar de sanar el malestar juvenil, cuya existencia era socialmente reconocida.

Rebelde sin causa (A Rebel Without A Cause) fue otra de las películas en las que el malestar de los adolescentes, carentes de identidad y subordinados a sus progenitores, ocupaba el papel protagonista. James Dean construyó un arquetipo que sería imitado por miles de jóvenes en todo el mundo. *The Girl Can't Help It*, dirigida por Frank Tashlin y protagonizada por la exuberante Jane Mansfield, fue reconocida por George como fundamental en su formación. Fue estrenada en Liverpool en 1957 y en su banda sonora se encontraban ídolos de la época como Fats Domino.

Poco a poco la ruptura generacional se fue haciendo mayor y los jóvenes, entre ellos George Harrison, comenzaron a descubrir que podían rebelarse. Pero aún faltaba el elemento clave, que llegaría en mayo de 1956. En esa fecha, la canción “Heartbreak Hotel” estaba en las listas de éxitos de catorce países. La cantaba Elvis Presley, cuya estética y modo de moverse en escena poco tenía que ver con la de Bill Haley. Presley poseía un tremendo atractivo sexual del que carecía Bill y transformaba esa música, que hasta entonces sólo era ruidosa, en algo pecaminoso y, por tanto, atractivo. El repertorio de Elvis consistía básicamente en blues populares ligeramente alterados. Descrito por la crítica como “resbaloso y grasiento”, se encontraba también impregnado de cierto aspecto de *latin lover* y rudo vaquero con trazas y maneras de hablar mal vistas por la bien pensante sociedad tradicional. Más y más nombres pasaron a

engrosar las filas de esta nueva música: Little Richard, Chuck Berry, Buddy Holly, The Coasters, Carl Perkins, The Everly Brothers, Jerry Lee Lewis, Gene Vincent... El rock'n'roll no encajaba con las normas sociales del decoro principalmente debido a su conexión con la música negra. Por tanto, gustaba. George recuerda que la primera canción rock que escuchó fue "I'm In Love Again", de Fats Domino. En esos primeros flirteos con esta música novedosa se encontraba igualmente "Whispering Bells", de Los Del Vikings. Como importante influencia también reconoce otra canción de Hoagy Carmichael, "Hong Kong Blues".

Uno de los momentos clave en esta evolución musical de George Harrison fue la publicación de la canción "Rock Island Line", interpretada por Lonnie Donegan. Se trataba de un blues norteamericano ejecutado según las pautas del skiffle. Con ese término se designaba en el mundo del jazz a aquellos grupos que, en el Chicago de los años veinte, tocaban con cualquier cosa que tuvieran a mano: trozos de papel doblados sobre peines, cajones de madera, cubos de agua, etc. A raíz de la citada canción, esta modalidad musical caló enseguida entre los adolescentes británicos ya que sus características la colocaban al alcance de prácticamente cualquiera que tuviera la menor noción de música o de ritmo. Básicamente no hacían falta más de tres acordes. Para tener una banda bastaba con un guitarrista, del que no se esperaban grandes habilidades aparte de saber mantener el ritmo; un sencillo bajo, hecho con una caja en la que se introducía un palo a modo de mástil al que iba atada una única cuerda; y una tabla de lavar, cuyo rasgueado con dedos hacía las veces de sección rítmica. Era fácil montar un grupo y en Liverpool surgieron por doquier.

Los grupos skiffle empezaron a aparecer, e incluso en algunos institutos y colegios se fomentaba su desarrollo aportando material y cediendo locales para ensayar. George Harrison también quería su banda. El primer instrumento que comenzó a tocar fue la tabla de lavar. Su hermano Peter tenía una guitarra y George le acompañaba con el sencillo instrumento. Sin embargo, no tardó mucho en mostrar interés por las seis cuerdas. No es de extrañar, en consecuencia, que dada su función rítmica cuando tocaba con su hermano, la primera vez que se sintió influido por una guitarra fuera por su aspecto rítmico. El primer artista en cautivarle fue el mencionado Lonnie Donegan y el tratamiento que éste hacía del repertorio de Huddie "Leadbelly" Leadbetter. George no podía escapar al culto a este instrumento que el nuevo movimiento juvenil generaba y por ello solía entretenerse dibujando guitarras mientras los profesores daban la lección. Se declaró especialmente fascinado por la Gibson de Bill Haley. En su galería de recuerdos e influencias se encontraban igualmente Scotty Moore, de la banda de Elvis Presley, y Pete Lewis, de la banda del programa *Johnny Otis Show*.

Los jóvenes miraban hacia Estados Unidos: "Los sonidos que hacía esa gente eran increíbles. En Inglaterra teníamos unas cuerdas de guitarra que parecían alambres". George descubrió un elemento clave en la creación de ese sonido: las cuerdas segunda y tercera de las guitarras de los estadounidenses no estaban recubiertas de

cobre o de bronce como lo estaban las inglesas. Aparte de quitar brillo al sonido, ese recubrimiento impedía realizar *bending*, técnica consistente en, sin salirse del traste, mover la cuerda hacia arriba o hacia abajo para hacer la nota más aguda. Gracias a ese descubrimiento, aprendido a base de observar a los músicos de Eddie Cochran, George se esforzaba por crear un nuevo sonido. Con el tiempo, la fascinación por Chet Atkins —y su capacidad para desarrollar dos melodías al tiempo— y Duane Eddy no tardaría en llegar. Andrés Segovia fue otro músico que, aunque posteriormente, también se sumaría a su lista de favoritos.

Escuchar esta música llevaba parejo el deseo de demostrar a la sociedad que uno era diferente, y George Harrison quería dejar claro que él lo era. En el instituto “eran todos unos inútiles, todos, y por eso trataba de ser yo mismo”. Se dejó crecer el pelo siguiendo los cánones *teddy* (es decir, con un gran tupé y brillantina), se estrechaba los pantalones, lucía chalecos de colores chillones que ocultaba bajo la americana del uniforme reglamentario, calzaba zapatos y botas de prominente punta. Todo ello acompañado de calcetines de colores poco discretos. No obstante, en lugar de adoptar una actitud violenta, se transformaba en un tipo tranquilo, feliz con que le dejaran dormir al fondo del aula. Recuerda como, nada más comenzar los estudios en el *innie*, tuvo problemas de riñón: “Fue a los doce o trece años. Tuve que pasar seis semanas en el hospital Alder Hey con una dieta de alimentos sin proteínas. Tuve que comer espinacas y comida horrible. Fue durante este tiempo cuando por primera vez quise tener una guitarra”. Un día, el pequeño de los Harrison llegó a casa y le pidió a su madre tres libras y diez chelines, toda una fortuna para un chico de esa edad en aquellos días, para comprar una guitarra que Raymond Hughes, compañero de los días de Dovedale, vendía. Consiguió el dinero, aunque por ese precio no se podía esperar que la guitarra estuviese en muy buenas condiciones. Tratando de arreglarla rompió accidentalmente una de las piezas que daban consistencia al mástil y el instrumento enseguida pasó a ser arrinconado en una estantería. Al cabo de tres meses, cuando su hermano Peter ya se había olvidado de la música y estaba trabajando como aprendiz de soldador, George le pidió que tratase de arreglársela porque quería aprender a tocar. El aprendizaje no fue fácil: era tal la distancia de las cuerdas al mástil que, para pulsar las notas, había que hacer mucha fuerza. Además, los acordes de cejilla y los punteos por los trastes altos resultaban casi imposibles. Resultado: callos en las yemas de los dedos, heridas y muchas horas dedicadas, todo en detrimento aún mayor de sus obligaciones como estudiante. No obstante, gracias a su coraje y a la ayuda e insistencia de su madre, quien estimula ese gusto por la música, George Harrison consiguió congraciarse con las seis cuerdas. Dado que mientras estaban en la primera casa había recibido algunas sencillas lecciones de un tipo que vivía encima de una tienda de licores, pronto demostró tener cierta capacidad para imitar el estilo de Django Reinhardt.

Un nuevo instrumento se hacía necesario y ahora no se iba a escatimar en gastos. Nuevamente ayudado por su madre, se compró una eléctrica Hofner Futurama

por treinta libras. “Una pequeña y atractiva Hofner. Tiene un aspecto un tanto extraño, pero de crío me gustaba mucho. Realmente tiene toda la pinta de las guitarras de los años cincuenta”, recuerda George. Para completar el equipo se fabricó un amplificador de diez vatios de potencia con unos componentes comprados por correo. Para formar una banda de skiffle ahora sólo faltaban más músicos. Su hermano Peter y Arthur Kelly hicieron de guitarristas, a los que había que sumar un armónica y otro amigo tocando un bajo hecho con un cajón de té. El nombre del quinteto: The Rebels. Kelly recuerda uno de los ensayos, cuando estaban probando “Last Train To San Fancisco”, tema skiffle: “Estábamos en la habitación de George, en el piso de arriba. A duras penas conseguíamos poner acordes y cambiarlos, así que imagínate la posibilidad de hacer algo interesante”. Prosigue narrando cómo, al llegar al *middle eight* del tema, parte que casi todos los novatos solían eludir ya que implicaba algún tipo de complicación como punteos, George empezó a tocar como si fuera el autor del tema. “¡Allí va George Harrison! Habíamos escuchado la canción dos o tres veces, pero George, no sé cómo, había conseguido memorizarla. Había interiorizado todas las notas y fue capaz de tocar el tema igual que en el disco, a la misma velocidad. No lo hacía para chulearse. ¡Así era George Harrison! Desde ese día, George se encargó de la solista y yo del ritmo”.

Su primera y única actuación tuvo lugar en el Legion Club, no muy lejos de su calle, Upton Green. Cosas del destino, el grupo con el que compartían cartel no pudo tocar, por lo que The Rebels tuvieron que hacerlo durante bastante más tiempo del previsto, hasta el extremo de que al bajista le sangraron los dedos. Cobraron cada uno diez chelines. Pero la formación no fue a más: Peter se declaró hartó y los padres de Arthur no veían con buenos ojos esa afición. Hasta el mismo George parecía estar poco animado a seguir adelante. Además, el skiffle estaba empezando a ser absorbido por el sistema, llegando incluso a ser usado por algunos predicadores como medio de difusión de sus mensajes de salvación. En 1958, los jóvenes ya miraban hacia una música más ruidosa y la palabra skiffle comenzó a desaparecer del vocabulario y de los nombres de las bandas. También se abandonó la tabla de lavar en favor de la batería y el bajo hecho con cajas por bajos de verdad. Los grupos cambiaron de nombre y alteraron sus formaciones buscando nuevos sonidos. Uno de los grupos en esta línea era Texan Skiffle Group, que pasó a llamarse The Texans. En su búsqueda de nuevos músicos, decidieron hacer una audición abierta a todo aquel que quiera presentarse. George Harrison fue uno de ellos. Tuvo que cantar y tocar “Wedding Bells”, éxito de Gene Vincent. No superó la prueba. A pesar de este fracaso, no cesó en su empeño de dedicarse a la música. Su guitarra eléctrica y su amplificador de diez vatios fueron la llave para pasar a formar parte de un grupo llamado Les Stewart Quartet, en el que Les era el cantante y líder y George se encargaba de la guitarra, además de cantar algún que otro número suelto. La banda se completaba con Geoff Skinner a la percusión y Ken Brown a la guitarra. El nombre del quinto componente, que también tocaba la guitarra, se perdió en la noche de los tiempos.

El rock'n'roll cumplía asimismo la función de crear vínculos entre sus seguidores. Gracias a él, George conoció a Paul McCartney en el autobús de la línea 86, cinco millas de trayecto que también servían para copiar a toda prisa los deberes de clase. La afición de ambos fue virando poco a poco hacia el rock'n'roll, especialmente en dirección a los discos que provenían de los Estados Unidos, ocupando Buddy Holly un puesto especial. La amistad entre ellos se cimentó en torno a las guitarras y a los intercambios de enseñanzas. Paul, cuyo padre había sido músico profesional en una banda de jazz, destacaba por su intuición para las melodías; y George por su habilidad para crear acordes y moverse por el mástil.

Por aquel entonces Paul McCartney tocaba junto a John Lennon en una banda llamada Los Quarry Men. El 6 de febrero de 1958, en el Wilson Hall de Garston, en Speke Road, George Harrison y John Lennon fueron presentados por Paul McCartney. En ese momento John no se interesó mucho por él. George no era más que un crío de catorce años. Paul le invitó a la próxima actuación de la banda, el 13 de marzo, y le dijo que se trajera la guitarra por si acaso John quería que tocara. Sorprendido por la buena calidad de la guitarra de George, John le pidió que tocara algo. Tocó "Raunchy", tema instrumental de Bill Justis, y al líder de Los Quarry Men pareció gustarle. Es más, le gustó tanto que, según las propias palabras de Harrison, él mismo se convirtió en su profesor: "John tenía una pequeña guitarra con tres cuerdas, que estaban afinadas como un banjo, y tuve que enseñarle todos los acordes. Cuando le conocí yo era muy joven, pero él también lo era". A pesar de ello no consiguió entrar en la banda y se dedicó a salir con los chicos del grupo a todas horas, transformando a John Lennon en su ídolo hasta el punto de seguirle como una sombra. En cierta ocasión, la novia de John, Cynthia, ingresada en el hospital para extirparle el apéndice, al ver que George se pegaba a John como una lapa, no pudo contenerse y lo echó de la habitación. Acudía a todos los conciertos de Los Quarry Men que podía, soliendo permanecer expectante al fondo de la sala con la guitarra en la mano. A veces incluso suplía al guitarrista titular, Eric Griffiths, cuando éste no aparecía. Por fin fue admitido en la pandilla de John y pronto pasó a tomar parte activa en las gamberradas que éstos hacían, como cuando Paul y George se disfrazaron de curas y, con John como árbitro, emprendieron un combate en las mesas de un restaurante. Por otra parte, los chicos de la banda eran muy bien recibidos en casa de George, cuya madre los dejaba ensayar en el garaje. George incluso consiguió que Los Quarry Men tocaran en la fiesta de la boda de su hermano Harry con Irene McCann, el 20 de diciembre de 1958. El acercamiento entre John y George tuvo uno de los momentos claves en el rechazo que la tía de John con quien vivía, Mimi, expresó hacia George y su apariencia. Y eso que la madre de George y la tía Mimi se conocían. También se conocían la madre de George, la de Paul McCartney y la de John, quienes solían ir de compras por la misma zona, en torno a Princess Street. Las tres solían coincidir en el autobús 72, que pasaba por Strawberry Fields y Penny Lane. Resulta curioso que, precisamente, ese rechazo de

su tía hacia George agradase a John. La muerte de la madre de éste, Julia, el 15 de julio de 1958, también sirvió de nexo.

En marzo de 1958 Buddy Holly y Los Crickets estuvieron de gira por Inglaterra y, entre otros sitios, tocaron en el teatro Empire de Liverpool. Sólo eran cuatro músicos, pero la energía que transmitían era fantástica. A la salida de ese concierto Paul le propuso a George escribir canciones juntos. Los temas que crearon seguían los esquemas de Buddy Holly y de todo el blues y rock que a ambos les gustaba, prestando gran atención a las armonías vocales. A veces Paul componía una melodía y George le incorporaba un solo de guitarra, firmando la composición juntos. “In Spite Of All The Danger” es de aquellos días. Llegaron incluso a manejar la posibilidad de formar un dúo, al estilo de Los Everly Brothers, alternando George de esta manera sus labores musicales junto a Paul con las de su otra banda, Les Stewart Quartet. Una de las actuaciones que George y Paul dieron juntos tuvo lugar el último día lectivo de aquel curso 1957-1958, que tan desastroso estaba resultando desde el punto de vista académico.

El fracaso en los estudios fue tal que se vio obligado a repetir todo el preparatorio para los Niveles O, que anteriormente se realizaban durante la Enseñanza Secundaria Obligatoria como preliminares de los exámenes del mismo nombre. A pesar del apoyo familiar a la música, el padre estaba más preocupado porque su hijo tuviese un trabajo estable. Harold intentó que trabajase primero para la Liverpool Corporation; y luego tuvo una entrevista en el Centro de Empleo para Jóvenes. De esta entrevista surgieron varios trabajos. En primer lugar, arreglar escaparates para Blackler’s, unos grandes almacenes. Trabajó asimismo como repartidor de la carnicería E. R. Hughes los sábados por la mañana. Para ello, merced de la pequeña empresa, contaba con una vieja bicicleta que parecía rescatada de un museo de la Primera Guerra Mundial. También encontró un trabajo como aprendiz de electricista. El sueño de su padre estaba muy cerca: con George electricista, Harold mecánico y Peter soldador, ya se podía abrir un taller familiar. Pero George siguió con la música, y fue precisamente este trabajo como electricista, además de su habilidad a la guitarra, uno de los puntos que le valieron para su admisión como miembro de Los Quarry Men. Ya había alguien que podía reparar el raquítico material eléctrico del grupo. Por otra parte, el hecho de que el padre de George tuviese muchos contactos en la ciudad también resultaba interesante.

Finalmente, en el verano de 1958, George Harrison consiguió ser miembro de la banda. La prueba que tuvo que pasar, llevada a cabo en un autobús vacío, fue tocar de nuevo “Raunchy”. Los Quarry Men pasaron a ser un quinteto, cuya formación era la siguiente: John Lennon (guitarra), Paul McCartney (guitarra), George Harrison (guitarra), Colin Hanton (batería) y John “Duff” Lowe (piano). Como se puede apreciar, carecían de bajista. Ese mismo verano, deseosos de saber cómo sonarían en disco, Los Quarry Men decidieron grabar un acetato en un estudio de Liverpool. Dos fueron las canciones: “That’ll Be The Day”, de Holly-Allison-Petty, e “In Spite Of All The Danger”. Paul recuerda aquel momento: “Nos metimos en el autobús con nuestros instrumentos. Estuvimos esperando en una sala un rato

hasta que el grupo anterior a nosotros terminó de hacer su grabación y, cuando nos tocó el turno, entramos en la habitación. Apenas podíamos ver al tío de la sala de control pues ésta era muy pequeña. La hicimos muy deprisa. En un cuarto de hora estuvo todo listo. Creo que pagamos cinco libras. Uno de nuestros números de directo era ‘That’ll Be The Day’. George tocaba las notas de la intro, yo hacía las armonías vocales y John llevaba la voz solista”.

Sobre “In Spite Of All The Danger”, Paul asegura que, aunque “en los créditos dice que los autores somos George y yo, lo cierto es que el autor soy yo. George hace el solo de guitarra. El tema es muy similar a uno de Elvis Presley”. La canción a la que se parece es “Trying To Get You”, una de las interpretaciones de Elvis para Sun Records. La voz solista del tema, a pesar de tratarse de un tema de Paul, es de John. George Harrison recuerda que todo se hizo en una sola toma. “In Spite Of All The Danger” es la única composición editada oficialmente acreditada a Paul McCartney y George Harrison.

John Lennon y Paul McCartney empezaron a trabajar juntos en labores creativas. Fueron títulos como “I Lost My Little Girl”, “I’ll Follow The Sun”, “The One After 909”, “When I’m Sixty Four”, “Hello Little Girl”, “Thinking Of Linking”, “Love Me Do”, “Hot As Sun”, “Catswalk” y otros muchos. A pesar de ello, el futuro de la banda no pintaba nada halagüeño: las actuaciones eran escasas y lo que con ellas se ganaba era más bien poco, no pasando en la mayoría de las ocasiones de un ligero refrigerio. La situación era tal que, a comienzos de 1959, John “Duff” Lowe y Colin Hanton, molesto éste por el estado de alcoholemia en que se encontraban sus compañeros durante una actuación que les podría haber supuesto un contrato, abandonaron y dejaron colgados a John, Paul y George, tres guitarristas. Desesperados, para una actuación incluso experimentaron con cambios de nombre y de imagen, pasándose a denominar en cierta ocasión The Rainbow en virtud de las camisas de colores que llevaban.

En 1958 todo el mundo utilizaba ya los bajos eléctricos, que transforman en ridículos aquellos hechos con cajas, cuerdas y palos de escoba. Y George, muy a su pesar, se vio obligado a actuar de bajista. Es entonces cuando decidió dejar definitivamente los estudios y, al terminar este curso, pasó a dedicarse profesionalmente a la música, alternando entre Les Stewart Quartet y Los Quarry Men. Estos últimos no parecían tener mucho futuro.

A partir de este punto histórico y hasta la separación de Los Beatles se han escrito toneladas de libros y la tinta ha corrido en decenas de idiomas. A pesar de ello, creemos que no está de más recordar algunas situaciones, vivencias y relaciones, así como reflexiones y observaciones del propio George Harrison que marcarán su personalidad moldeándole en la persona que fue. También comentaremos sucintamente cada una de las veintidós canciones que compuso y que se incluyen en la discografía oficial de Los Beatles hasta 1970.

Dicho esto, sigamos con nuestra historia.